

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SANTA CLARA, VÍRGEN DE ASÍS.

(DE TRONCOSO.)

Sicut meridiana lux clara est.
Es clara como la luz del dia.

Isaias, c. 18. v. 4.

A creer y dar oídos á las fastidiosas declamaciones de una ciencia impía y disolvente, que por nuestra desventura ha llegado á extender demasiado sus ideas corruptoras, los santos que el cristianismo venera sobre la tierra, no han sido sino unos espíritus débiles y limitados, unas almas menguadas y de sentimientos vulgares; su piedad es conceptuada como una superstición pueril; sus virtudes son despreciadas como excesos de fanatismo; toda su religion es mirada como una preocupación grosera, funesta á veces para los pueblos, y casi siempre inútil á la sociedad. Tal es el juicio que un mundo incrédulo y corrompido en sus costumbres forma de la santidad y del heroísmo de esos grandes genios, de esas almas fuertes y generosas, de esos espíritus vastos y emprendedores que tantos dias de prez dieron á la religion, y á quien los pueblos y las sociedades deben los mas relevantes servicios.

¿Y habrá de caber igual suerte á aquella alma á todas luces grande, á aquella heroína en todos conceptos ilustre que hoy arranca los aplausos y las bendiciones de la iglesia nuestra madre, y cuya intercesion vienen á implorar los cristianos para con aquel Dios bueno é inmortal que corona á sus escogidos en la celestial Sion? ¡Oh gloria de Italia, orgullo santo de Asís, honor del cristianismo, antorcha luminosa de la estirpe seráfí-

ca! Clara...! Al pronunciar tu nombre mi pecho se enardece, mi corazon late, y mi alma se regocija justamente con la idea de tus glorias. ¿Y es posible que tengan estas necesidad de una apología, que las vindique de la mordaz calumnia de una generacion mal avenida con todo cuanto no está en armonía con sus máximas, que por donde quiera solo respiran orgullo, vanidad, licencia desenfadada, y maldad, y egoísmo, y odio implacable contra todo lo bueno y virtuoso? Seria menester reproducir en esta mañana cuanto han dicho mas de seis siglos y millares de generaciones en defensa de la santidad de la insigne vírgen de la Umbría, de la hija predilecta del gran Francisco, de la heroína del siglo XIII. Mas no; los ratiocinios no hablarían con tanta elocuencia como los hechos á un siglo positivo (como se dice comunmente), y que parece haber renunciado á toda especie de creencia, segun que propende al escepticismo. Hechos pues debemos presentarle, y hechos tales que sean por sí solos capaces de confundir la calumnia y la impostura.

¿Y qué hechos mas convincentes que los que nos ofrece la historia de nuestra ilustre santa? ¿No es ella una heroína magnánima, que superior á la debilidad de su sexo, supo triunfar de un mundo fementido, que la brindara en dorado cáliz á embriagarse de aquellas delicias, que trastornando el espíritu é hiriendo de vértigo la inteligencia, mas de una vez hicieran caer de su elevacion á los que parecían robustos é imperturbables como los cedros del Líbano? ¿No es ella la que en el seno de un siglo cuyo carácter era el de la corrupcion y la inmoralidad mas desenfadadas, supo conservarse pura é intachable, inculpable delante de Dios, y sin nota en presencia de los hombres? No es ella, en fin, una criatura que, dotada por su criador de una alma grande y generosa, de un corazon dócil, de una fuerza de ánimo extraordinaria, consiguió de sí misma una victoria tanto mas gloriosa cuanto mas difícil, hollando por Jesucristo todo cuanto no era su cruz y sus padecimientos, renunciando á la gloria, á los honores, al oro, ídolos á quienes inciensan los mundanos, falsos fantasmas en pos de los cuales corren con avidez, y á quienes mas de una vez sacrifican su misma existencia? ¿Y esta victoria, no es mas digna de los elogios del hombre sensato que cuantas reportaran sobre sus enemigos los conquistadores de los pueblos, los tiranos de las naciones? Lo es sin duda, católicos; el hombre mas sabio que ha

conocido el mundo, no ha dudado decir que es necesario mas valor para triunfar de sí mismo, que para expugnar ciudades.

No dudaré yo tampoco presentaros hoy la prueba de esta verdad en la persona de la incomparable Clara de Asís. Vereis en santa Clara una heroína que se ostentó en el seno de un siglo oscurecido con las tinieblas de la mas horrorosa corrupcion, tan brillante y luminosa como la luz del mediodía, é hizo resplandecer la mas bellas virtudes en medio de los mas vergonzosos vicios; una vírgen magnánima que luchando con el mundo, y triunfando de todos sus engaños, deslumbró con su santidad á los ciegos apologistas del mundo: *Sicut meridiana lux clara est*. Ved ya manifestado el asunto de mi discurso y de vuestra atencion. Solo nos resta invocar al Espíritu divino. Hagámoslo por medio de su esposa inmaculada, diciéndola con la mayor ternura: *Ave Maria*.

REFLEXION ÚNICA.

Tanto mas brillante se ostenta la luz, cuanto mas ennegrecida se halla la atmósfera en que derrama sus resplandores. La virtud jamas se dejó ver tan hermosa y radiante como en los dias en que la atmósfera intelectual se encontró tan cargada de densos nubarrones, que los hombres buscando la luz no palpaban sino tinieblas. Tal era el carácter de aquel siglo con quien debia luchar la ilustre vírgen de Asís, y en el que debia esparcir sus luminosos resplandores. Siglo hereje, siglo cismático, siglo impío, siglo de corrupcion. El África entregada á los delirios del Coran, separada el Asia del centro de la unidad católica, la América sentada aún en las sombras de la muerte, la Europa envuelta en los horrores de una inmoralidad espantosa, olvidada de sus antiguos ritos, indiferente á sus dogmas sacrosantos, extranjera á la santa severidad de la disciplina canónica.... Tal era el lastimoso cuadro que se ofrecia á los ojos de la religion. En medio de tamaños desórdenes, una ciudad parecia distinguirse entre todas las demas; y cual informe coloso descollaba por sus errores, por sus delirios y por la general corrupcion en que, como en un cenagoso lago, se revolcaban indistintamente todas las clases de la sociedad. Tal era la ciudad de Asís.

¿Y es este, ¡oh gran Dios! el terreno que preparais para que sea el teatro de los triunfos de una doncella tierna, tímida como la paloma? ¿Quién podrá entrar en liza con ese mundo preñado de errores tan abominables, é imágen viva del dragon que vió san Juan en la isla de Patmos? Quién...? La incomparable Clara, la hija de Favorino y Hortolana. Es posible? Cielos! brotad cual rocío benéfico esa preciosa criatura! Enviad cuanto ántes á la que á manera de luz del mediodía ha de ahuyentar las espesas tinieblas que cubren la tierra! Mas aún no es tiempo. Preciso es que un don tan inestimable sea fruto de la virtud y de la oracion. Los piadosos consortes huyen de aquella tierra anatematizada, como Lot y su esposa salieron en otro tiempo de la abominable Sodoma. ¿Y á dónde se encaminan? Ah! vedlos ya en la Palestina; ved cómo riegan con su llanto aquellos sitios venerandos consagrados con las huellas del Hombre Dios.... Esposos venturosos! No serán infecundas vuestras lágrimas, ni estériles vuestras plegarias. El Dios que no léjos de esos sitios, si bien en época bien distante, prometió á Abraham multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar, os dará un fruto de bendicion que colmará vuestras dilatadas esperanzas. De vosotros nacerá una luz que desterrará la oscuridad del vicio, y como el sol en la mitad del dia alumbrará á todo el universo: *Sicut meridiana lux clara est*. Así lo prometió el Señor á Favorino y Hortolana, y así lo cumplió efectivamente. Nace Clara en el mundo; y no bien sabe que existe, cuando ya sabe que debe luchar con él, que debe hacer frente á sus arterias, que debe evitar sus lazos, huir de su corrupcion y de sus depravadas máximas.

El primer veneno que el mundo procura inocular á la criatura, es el error que mas de una vez se introduce en el alma con la leche de los pechos maternos; pero el alma de Clara, inaccesible á sus inmundos hálitos, conoce desde luego á Dios por su principio y único fin; y en su consecuencia desde sus mas tiernos años no tiene otros pensamientos que los de la vida eterna. Jesucristo es ya el objeto de su amor ántes que su entendimiento sea capaz de comprender sus perfecciones; su nombre dulce y adorable es el primer acento que forma su lengua todavía balbuciente; y la salutacion angélica hace todas sus delicias cuando apenas sabe expresar sus conceptos. Ah! Si la hubierais visto señalar el número de sus oraciones con

piecitas que tenia al efecto, porque aun no sabia contarlas; si dejados los entretenimientos propios de su edad, la hubierais visto correr con avidez donde quiera que se hablaba de las verdades eternas; si la hubierais contemplado en el templo, confundiendo con su respetuosa atencion á los ancianos y á las personas mas virtuosas; si en suma hubierais observado el singular placer con que se privaba de los mas delicados manjares para dárselos á los pobres, y se despojaba de sus vestidos para cubrir su desnudez; ¿qué concepto hubierais formado del porvenir de esta niña?

Entre tanto crece nuestra virtuosa vírgen, y con la edad recibe un prodigioso incremento su virtud. Acércase ya el tiempo en que va á empezar á brillar como la luz del mediodía en medio de la corrupcion del mundo. Ved á ese enemigo cruel de todo lo bueno preparando armas para combatir esta inexpugnable fortaleza. Ya ha lanzado el grito de alarma; ya está en la arena; ningun medio omite para ganar aquel corazon; pone en movimiento cuantos resortes le inspira su malicia para triunfar de la inocencia de su rival... ¿Y lo conseguirá? No, católicos, porque la virtud de Clara está basada sobre el indestructible cimiento del amor de Jesucristo, á quien desde su infancia ha hecho una donacion perfecta de todo su ser. ¿Quién pues será capaz de separarla de su centro? ¿El lenguaje seductor de las pasiones? las invenciones del lujo? ¿la liviandad de esos placeres con que comunmente alucina el mundo á un sexo débil, y cuyos envenenados estímulos, imponiendo una especie de necesidad, arrastran casi irresistiblemente á las almas incautas? Ah! Presenta, siglo infame, presenta á esa inocente doncella todo cuanto de mas halagüeño posees; tú la verás apartar sus ojos de ese brillo alucinador, retirarse á lo mas recóndito de su habitacion, observar el mas profundo silencio, y entregarse únicamente á la contemplacion de las cosas celestiales. ¿La vencerás acaso sirviéndote de su misma belleza, como lo hicieras un día con la incauta hija de Jacob (1)? No; Clara está muy léjos de dar entrada en su corazon á la curiosidad que causó la ruina de aquella vírgen imprudente. No solamente huye desfavorida de la presencia de los Siquimitas, que encantados de su hermosura intentan poner lazos á su pudor, sino que, opri-

(1) Gen. c. 34. v. 2.

miendo sus virginales miembros con el áspero cilicio, procura marchitar aquel rostro en quien naturaleza, pródiga de sus favores, habia derramado todas las gracias.

Sin embargo de todo esto, sus dotes naturales junto con su acreditada nobleza, su pingüe patrimonio y su índole amable, preparan á nuestra vírgen la mas encarnizada lucha. Casi todos los jóvenes de Asís aspiran á competencia á obtener la mano de Clara. Entre ellos, uno consigue la preferencia en la aceptacion de los padres de la ilustre doncella, quienes la proponen un enlace ventajoso que lisonjea en todos conceptos sus miras y sus deseos, y parece prometerla á ella el mas fausto porvenir. ¿Qué hará en situacion tan crítica y comprometida la vírgen de Asís? ¿Escuchará gustosa unas proposiciones tan ventajosas? ¿Oirá con placer un idioma que tan grato suele ser á las de su sexo, en una edad propia de las ilusiones y de la irreflexion?... No lo creais, católicos oyentes; una sentencia de muerte quizás no hubiera afectado tanto su alma virginal. Horrorízase al escuchar un lenguaje que sus oídos no pueden sufrir; un pavor extraordinario la acomete al pensar se trata de arrebatarla aquella joya preciosa, aquel don inestimable que desde su niñez habia consagrado al celestial esposo. ¿Qué medio adoptará para eludir los compromisos que la rodean? Si se niega abiertamente, cae en la animadversion de sus padres que miran aquel enlace como el apoyo de su suerte futura. Si obedece, hace traicion á sus mas íntimas convicciones y á las inspiraciones de su Dios. Permanecer en el siglo... qué peligros! qué lazos! qué corrupcion! Huir del hogar paterno... ¿Mas qué se dirá de la hija de Favorino? ¿qué juicio formará de su reputacion? ¿cómo interpretará sus intenciones? ¡Angustias mortales afligen su inocente corazon! Pero Dios que en otro tiempo envió sus ángeles para fortalecer á un Daniel afligido, á un Elías tiranizado, á una Agar angustiada, proporciona á Clara un serafin en carne que calme sus temores, esclarezca sus dudas y fortalezca su debilidad. Tal fué para nuestra vírgen el gran Francisco patriarca de los menores. Á él se dirige la tímida doncella, ábrele los senos de su corazon, en el cual descubre aquel hombre de Dios los secretos mas inefables, y ve en aquella á quien el nombre de madre llenaba de estremecimiento, una nueva Sara que con su espiritual fecundidad habia de llenar el orbe de un prodigioso número de hijas,

que brillarian en el hemisferio católico como astros luminosos del firmamento.

Ello es hecho: Clara huye de un mundo á quien mira como su mas encarnizado adversario. No la intimidan sus gritos furibundos, ni la arredran sus preocupaciones. Ya está en la pequeña iglesia de la Porciúncula, en donde la espera con sus hijos el padre san Francisco. Vedla postrada ante aquel altar, consagrándose al Señor en precioso holocausto, y haciéndole el sacrificio de sus dorados cabellos. ¡Oh vírgen magnánima! De hoy mas puedes decir con el real Profeta: «El Señor es la «parte de mi herencia y la porcion destinada para mí; él mi «único y mas precioso patrimonio.» (1) ¿Pero acaso piensas, generosa vírgen, que ha concluído tu lucha con el mundo? No; prepárate á sostener aún nuevos y mas rudos combates. Tus domésticos serán ahora tus mas crueles enemigos.

Así fué, católicos. Cual brama una leona furiosa á quien han arrebatado sus tiernos cachorrillos, no de otro modo la madre de nuestra santa lanzaba los mas inconsolables alaridos por la pérdida de su hija. El padre, sobre todo, ménos tolerante y mas propenso á los excesos del furor, irritase sobre manera, cual si la fuga de Clara hubiese sido un borron eterno para su familia. Convoca á sus parientes como interesados en el asunto; invítales á tomar parte en su determinacion; y lleno de rabiosa inquietud, parte al monasterio de san Pablo, en donde se hallaba encerrada su hija; se presenta á ella, y ya con halagos, ya con amenazas, ora acusando su resolucion de impremeditada y pueril, ora disculpando su impremeditacion, no hay medio que no ensaye para disuadirla de su propósito. En vano; ni las lágrimas de una madre inconsolable, ni los bramidos de un padre febricitante de cólera, ni los dictados con que la apostrofan sus parientes, nada es capaz de hacerla vacilar un solo instante. Apearán á un lenguaje seductor; despues volverán al improprio; los unos calificarán sus designios de extravagancia, los otros juzgarán sospechosa su vocacion; empero de todos conseguirá Clara la mas completa victoria. En efecto, al ver que todas las razones con que procuraba calmar sus ánimos irritados contra ella, eran inútiles, se postra humildemente en tierra, y asida fuertemente del frontal de un altar á que estaba arrimada, des-

(1) *Psalm.* 15. v. 5.

cube su cabeza despojada de la hermosa madeja de sus cabellos, y lanzando una mirada llena de expresion hácia un santo crucifijo que tenia delante, dice á sus padres: «Ved ahí á «quien elegí por esposo y á quien he entregado todo mi corazón. Él será mi refugio y mi fortaleza para libertarme de «vuestras injustas exigencias.» ¡Lenguaje elocuente, que desarmando á sus padres y parientes de su furor, la dejó por entónces en pacífica posesion de su amado!

¿Quién podrá referir las admirables virtudes que ejercitó en este jardin ameno de la religion, el heroísmo de su caridad, el fervor de su oracion, los rigores de su penitencia, su pureza angelical, su silencio jamas interrumpido...? ¿Mas qué es lo que pretendo? Ni es posible enumerar las virtudes de Clara en un corto panegírico, ni tampoco es este el objeto principal que me propuse; mi discurso se dirige á manifestaros á nuestra ilustre vírgen luchando con el mundo, triunfando de él, y resplandeciendo como la luz del mediodía á pesar de la corrupcion y de la inmoralidad. Para evidenciar este último miembro de mi proposicion, bastará deciros que aun no hacia quince dias que moraba en el monasterio, y ya, á manera de antorcha brillantísima, ofuscaba con sus resplandores á las antiguas moradoras de aquel albergue de la inocencia; y cual colosal gigante en la virtud, desde los primeros pasos de su carrera á todos llenó de asombro por los estupendos prodigios que por su mediacion obraba la diestra del Omnipotente. ¿Quién sino la oracion de esta humilde y fervorosa vírgen obró una mudanza tan inesperada en el corazon de su jóven hermana, á quien en medio de los placeres del mundo inspiró el designio de consagrarse víctima del amor de Jesucristo en el mismo monasterio en que ella habitaba? Y cuando despechados sus parientes por la resolucion de esta, se arrojan de nuevo sobre el monasterio, la maltratan con furor diabólico, la insultan, emplean la fuerza de doce hombres armados para sacarla de aquel religioso albergue, ¿á quién acude la tierna doncella Ines en este conflicto? ¿quién la arranca de las manos de aquellos doce leopardos que cuentan ya seguros con la presa? ¿á quién es deudora de su libertad? Á la oracion de su hermana Clara. En efecto, hácia ella dirige sus ojos suplicantes: á ella clama, y casi exánime en fuerza de los brutales tratamientos de sus tiranos, dícela con lánguido acento: «¡Ayúdame, hermana mia, mira que me ar-

«rebatan de la casa del Señor!» No bien hubo invocado el nombre de Clara, apenas esta elevó su corazón hacia el cielo, cuando Ines, inmóvil como una roca, se hizo superior á todo esfuerzo humano; por manera que, no pudiendo sus parientes moverla del sitio en que yacía, hubieron de ceder el campo con ignominia. En vano un tío suyo mal contento de ver frustrado su designio, se arma del acero y se dispone á descargar sobre su cabeza un golpe homicida; Clara levanta sus ojos al cielo, y en el momento aquel hombre queda sin movimiento y permanece así por algun tiempo en expiación de su impiedad.

¿No veis cómo Clara brilla cual astro luminoso del mediodía, en un siglo cubierto por donde quiera de las mas espesas tinieblas del vicio? Pues seguidla al monasterio de san Damian á donde es trasladada por orden del seráfico Padre, y admiraréis á ese sol en toda su plenitud. Allí la veréis cerrar de golpe todos sus sentidos, á fin de interceptar á su alma toda comunicacion con las criaturas, y conversar únicamente con el Criador. Jamas levanta sus ojos del suelo; jamas sus labios se desplagan, si no es forzada á ello por una extrema necesidad; su alimento es un poco de pan y agua, y esto solo en ciertos dias señalados; su lecho es la tierra desnuda. Añadid á estas austeridades los rigores de un cerdoso cilicio que ciñe sus virginales miembros, cuyas puntas penetran hasta sus huesos; las cuerdas nudosas que surcan su cintura y la convierten en una sola y encancerada llaga; las sangrientas disciplinas, la sed, la hambre, las aflicciones interiores... Baste decir, católicos oyentes, que el mismo san Francisco, cuya austeridad ha sido el asombro del universo, se vió precisado á moderar los rigores de esta tierna vírgen, temiendo sucumbiese víctima de su fervor.

¡Oh Dios, protector de la Iglesia! Tú quisiste resucitar en aquellos dias de corrupcion universal la antigua severidad de la virtud, y el fervor primitivo que tanto habia desmayado á impulso de los continuos choques que sufriera vuestra esposa, y por eso suscitaste en su seno ese milagro de fervor, ese portento de virtud, ese pasmo de penitencia que confundiese la relajacion de un siglo marcado con todos los caracteres de reprobacion y de anatema. Opusiste la inocencia de Clara á la inmoralidad que hervia en la Europa; su penitencia á la molicie y afeminacion que gangrenara al mismo sacerdocio; su virginitad á la licencia con que el monstruo de la herejía albigense

pretendia autorizar los mas torpes crímenes; en una palabra, quisiste que en el seno del error, de la maldad y del desenfreno, apareciese Clara como la luz del mediodía, para abuyentar y desterrar con sus resplandores las sombrías tinieblas que enlataban el mundo todo: *Sicut meridiana lux clara est.*

No es dable, católicos oyentes, admirar dignamente la santidad á que se elevó nuestra heroína en los cuarenta y dos años que vivió en la religion, ora en cualidad de súbdita, ora como prelada y superiora de una numerosa grey que por largo tiempo apacentó con sus ejemplos mas bien que con sus palabras. Hecha el modelo de sus hijas, á ninguna cedió en desprecio de sí misma, en caridad ardiente, en humilde abnegacion; pues siendo la primera, jamas se reputó sino la última, y como lo mas abyecto y despreciable de aquella comunidad. Viéraisla asistir á las enfermas, curar sus heridas, limpiarlas á veces con su misma lengua, ser en fin la sierva de sus hermanas en la mesa, en la enfermería, en los oficios mas repugnantes, en las ocupaciones mas viles del monasterio. ¿Y qué diremos de su total desprendimiento de las cosas terrenales? No se contenta con llevar hasta el extremo la pobreza, oponiéndose á toda especie de posesion efectiva de caudales y rentas, renunciando heroicamente al abundante patrimonio que por muerte de su padre heredara, sino que ni aun el menor afecto tuvo á los bienes caducos del mundo. Bien sabido es que, habiéndola instado en una ocasion la santidad de Gregorio IX para que admitiese algunas rentas que asegurasen la subsistencia de sus monasterios, Clara, queriendo depender únicamente de la caridad de los fieles, y lanzándose en los brazos de la adorable Providencia, renunció con heroico desinterés los ofrecimientos del sumo pontífice, diciéndole aquella expresion que no ha podido ménos de llenar de asombro al universo: «Beatísimo Padre, la única cosa que deseo y necesito, es que me absolvais de mis pecados!»

¿Qué extraño es, católicos, que el Señor hiciese como empeño de enriquecer continuamente con dones celestiales á un alma en quien los bienes del mundo, léjos de hallar la menor simpatía, eran por el contrario objetos de aversion y de desprecio? ¿Cómo no habia de engrandecer á vista del cielo y de la tierra á una criatura, que en lucha la mas comprometida habia triunfado de ese siglo inmoral, impío y seductor, y dado á

toda una generacion ejemplos de virtud, cuyas consecuencias habian de ser las mas felices para la Iglesia y el estado? Ah! la engrandeció sí, y no solamente la hizo célebre por su virtud, sí que tambien por los prodigios que por su medio obró para terror y espanto de los enemigos de Dios y de su iglesia. Siempre se conservará en veneracion en los fastos de la historia aquella accion heroica de nuestra santa, cuando asediada por el impío Federico II la ciudad de Asís, y próximo ya el momento de ser allanado el monasterio por sus huestes infieles, Clara, si bien en un estado de postracion que apenas podia moverse, se hace conducir por sus hijas á las puertas de aquel asilo de inocencia, y postrada en presencia del augustísimo sacramento de la Eucaristía que mandara llevar en una urna, exclama con fervor y confianza, como en otro tiempo el profeta Joel: «¿Será posible, Señor, que abandoneis al oprobio vuestra heredad, entregándola en manos de sus enemigos? ¿Habrán de ser víctimas del furor de los que no conocen vuestro santo nombre estas vuestras siervas, que solo en vos colocan su confianza?» En el mismo instante déjase oír una voz consoladora que las alienta: y los infieles aterrados, se precipitan del muro que habian escalado, y huyen vergonzosamente de la ciudad (1).

Pero ya es tiempo que esta luz brillantísima pase á derramar sus resplandores á la Sion celeste, para ser como un sol en perpetuas eternidades. Llegó en efecto el momento. Vedla postrada en su lecho de muerte hecha una viva imágen de los dolores de Jesucristo, dando á sus hijas las mas sublimes máximas de virtud y exhortándolas á llevar á cabo la obra de perfeccion que habia comenzado. Allí es visitada por el cardenal de Ostia, despues Alejandro IV, quien desde Perusa hace un viaje á Asís solo por tener la satisfaccion de verla. Allí es honrada con la presencia del mismo pontífice Inocencio IV, quien en compañía de muchos ilustres purpurados se dignó concederla una indulgencia plenísima junto con su bendicion apostólica. Allí... Mas no es posible continuar: el grande astro de la Iglesia se acerca ya á su eclipse; ya el celestial esposo acompañado de una corte brillante de purísimas vírgenes, se la aparece y la convida á las bodas del Cordero divino; ya sus

(1) *Eccles. in off. Sanctæ Claræ in lect. 6.*

párpados se cierran; lánguida de amor como la esposa de los cánticos, desaparece de sobre la tierra, y cual varita de oloroso incienso, penetra las nubes y se pierde en el seno de la inmensidad.

La muerte no es capaz de apagar esta luz del mediodía, sus esplendentes rayos se derraman por donde quiera, y de todas partes acuden en tropel gentes de todos estados, condiciones y sexos á honrar la memoria de nuestra santa. El sumo pontífice retrocede de su viaje y viene de nuevo con su corte á rendir sus obsequios á la humilde vírgen de Asís. El cardenal de Ostia derrama sobre su tumba las flores de su elocuencia, y pronuncia el elogio de sus virtudes. Los sagrados restos trasladados en triunfo á la iglesia de san Gregorio, multiplican los prodigios en toda clase de dolencias. El Vaticano pronuncia dos años despues su juicio infalible acerca de la santidad de Clara, y expide la bula de canonizacion que la eleva á los honores del culto. En todo el orbe es venerada y reverenciada esta vírgen singularísima, porque luchando con el mundo y triunfando del mundo, resplandeció como la luz del mediodía en medio de la corrupcion del mundo: *Sicut meridiana lux clara est.*

¡Oh luz brillantísima de la Iglesia! ¡cuán hermosos son tus resplandores! Ellos iluminaron miéntras viviste á toda la Italia, á Francia y Flándes, por donde extendiste ese sagrado instituto de vírgenes séráficas; y hoy dia no hay rincon del globo á donde no hayan penetrado, admirándose donde quiera el fervor de tus hijas, cuyas virtudes y vida prodigiosa edifican á la humanidad, honran al cristianismo y consuelan á la Iglesia. No dejes pues de continuar desde el cielo la mision sublime que en la tierra comenzaste. Conserva en todo su brillo esa órden que fundaste, y que dividida hoy en muchas y diferentes ramas, cubre cual árbol majestuoso toda la sobre haz de la tierra. Manifiesta en favor de tus devotos el poderoso valimiento que tus plegarias tienen en el acatamiento del Señor; para que mereciendo por tu intercesion la gracia de vivir pura y justamente, consigamos un dia la corona de la inmortalidad en las celestiales mansiones de la gloria.